



MERCAT DE GALVANY. BARCELONA

El Mercador de Galvany

EVA MADRUGA

No conozco Barcelona. Nunca he pisado el paseo de Gracia, ni las Ramblas, ni he visto la estatua de Colón mirando al mar. Tampoco he subido nunca a la Sagrada Familia aunque he oído hablar mucho de ella, ya que en mi pensión se han alojado muchos estudiantes de arquitectura; y, por supuesto, aunque nunca he pisado el Nou Camp a todas horas puedo verlo en los informativos de la tele. Sin embargo, hay una zona de Barcelona que podría recorrer con los ojos cerrados porque muchas han sido las ocasiones en que he estado allí a pesar de no haber estado nunca. Ya que como una vez leí en un libro, si alguien te habla de un lugar con el corazón, es posible llegar a formar parte del ignoto paraje.

Desde el primer día que Justo pisó mi humilde pensión, no dejó de hablarme del Mercat de Galvany. Decía que era un lugar con magia, donde, sin serlo, podía sentirse Dios. Justo llegó a Santiago de Compostela como podía haber llegado a otra ciudad, puesto que la suya era una búsqueda del interior de las personas. Nunca olvidaré el día en que apareció en mi pensión diciéndome: “Señora Paca yo soy Charnego, es decir, soy hijo de madre catalana y padre español. Precizando más: gallego. Vamos, que no se vaya usted a creer que uno es cualquier cosa.”

Así fue como Justo se ganó mi corazón y cómo yo tuve la oportunidad de conocer la historia del Mercador de Galvany. Pero llegó el día, porque tarde o temprano siempre llega, en que la inevitable despedida acechó. Sé que no te gustará saber Justo que estoy triste porque ya no estás a mi lado, pero amigo mío, hay pérdidas que no somos capaces de olvidar.

En fin, pasarán los años, otros huéspedes ocuparán tu habitación, me emborracharé con historias ajenas cuyos protagonistas nunca conoceré, etc., pero en mí siempre habrá un recuerdo para el charnego charlatán que decía que estaba orgulloso de ser un tipo que, a pesar de las derrotas, no había estado triste ni uno sólo de los días de su vida. Como tampoco lo había estado nunca aquel Mercador de Galvany, que ahora creo estar segura de que era un “alter ego” tuyo y que te sirvió para sacarme todos los silencios que durante años me habían subyugado.

Pero a pesar de la pena que ahora me embarga, no me arrepiento de haberte conocido y, mucho menos, de haber caminado de tu mano por aquella que decías era tu iglesia favorita:



“Mi mercado es como una catedral, Doña Paca. Imagínesse la de Santiago, bueno, un poco, bastante más chica. Pero no se crea usted que es el típico mercado, porque ¿dónde ha visto usted vidrieras en un mercado? ¿Conoce algún lugar donde convivan pescados, frutas y verduras con magníficos ventanales de vidrios de colores propios de un palacio? Sé que puedo parecer un poco exagerado pero si usted viera el edificio que alberga el mercado...

Yo a veces creía que en lugar de un mercado trabajaba en una iglesia. Además, cada día podía elegir una puerta distinta para traspasar el umbral de mi castillo. Los días de fiesta, cuando llegaba alegre, entraba por la principal, la de Santaló. Los otros días, es decir, cuando el ánimo estaba templado, accedía por Madrazo y me escabullía por Calaf. Y los días de asueto, siempre entraba por la trasera de Amigó”.

Justo, nunca me dijiste qué puerta elegía el mercador para entrar a la catedral de Galvany. Supongo que como tú, cada día –según estuviera su ánimo–, lo haría por una distinta. Lo que sí recuerdo perfectamente fue cómo os conocisteis:

“Tomás era un hombre muy mayor, fijese señora Paca si sería mayor que allá por 1927, cuando inauguraron el Mercat de Galvany, tenía sólo veinte años. Una mañana, al poco tiempo de empezar a trabajar yo en “Frutas y verduras Antonio y Severina”, mientras me encontraba reponiendo el género del mostrador, noté que alguien me miraba fijamente.

Cuando levanté la vista de las cajas de ilichis, quiero decir, lechugas, allí que veo a un tipo mayor, con el pelo blanco, barba alba sin arreglar, guayabera beige, pantalones negros y alpargatas blancas que no me quita ojo.

–Qué pasa amigo, ¿quiere echarme una mano? –le dije yo para ver si el hombre seguía su camino y dejaba de ponerme nervioso.



–No joven, yo ya he trabajado lo mío, ahora le toca a usted –me respondió el viejete–. Lo miro no más porque siempre me ha gustado ver a los mozos trabajar, es como volver a verse uno mismo cuando era más ágil y más joven.

Desde aquella primera vez, todas las mañanas, cuando llegaba a mi palacete particular, allí estaba Tomás rondando por el mercado. Le encantaba ir de puesto en puesto hablando con todo el mundo. Para todos tenía palabras de ánimo y consuelo. Lo mismo les soltaba un piropo a las niñas que despachaban en la “Panadería Roura” mientras les compraba unos bastones integrales, que a la vez que encargaba una musara griega en “Especialidades nacionales y extranjeras Encarna Mauri” comentaba lo bueno que era escuchar a las personas, fueran de donde fueran y viniesen de donde viniesen. Porque como él decía: “regla es en la vida que podemos y debemos aprender de todo el mundo”.

Tomás era un hombre muy entrañable y con mucho sentido del humor. A mí me hacía mucha gracia escuchar cómo explicaba que lo suyo era la carne: “entiéndame, amigo, la carne que se puede comer. Aunque bueno, a la buena carne prieta tampoco le hago ningún asco”.

Tal vez por eso nuestros puestos, quiero decir, los que eran de frutas y verduras como el “Fruites i verdres Ridsan” o “Frutas y verduras Luisa” no eran en los que más tiempo pasaba. Aunque, ahora que lo pienso, había uno que le llamaba especialmente la atención: el “Viverd Vida Veida”, un puesto de verduras y frutas donde venden productos ecológicos, o sea, pimientos, tomates, lechugas, etc., sin pesticidas ni sulfatos.

Siempre me decía: “Amigo Justo, explícame cómo es eso de que son ecológicos. Porque digo yo que si no les echan nada, ¿cómo consiguen que crezcan los pimientos y las cebollas sin que se las coman los pulgones? ¡Qué no! ¡que no me lo creo! estoy seguro de que les tienen que echar algo...”

Eso sí, todo lo que tenía de paciente y afable lo tenía de cabezota. Era incapaz de dejar que le explicásemos cómo se cultivaban este tipo de vegetales. Supongo que no le interesaba nada, porque a él lo que de verdad le gustaba en esta vida era escuchar a la gente hablar de sí mismos, de sus preocupaciones, de sus alegrías...”

Es curioso, ahora que estoy recordando yo sola la historia me doy cuenta de que a veces necesitamos volver a contar lo sucedido para entender cuándo nos fue dada la clave que da sentido a todo.

Generalmente, como pasa en las películas de suspense o en los libros



de detectives, las pistas más veraces están siempre al principio y en los detalles más ínfimos.

“Otra mañana, una que yo había llegado mucho más pronto que de costumbre al mercado, lo encontré sentado en el Bar El Rincón. Yo no sé cómo logró entrar, más bien creo que había pasado la noche allí. Aunque alguna vez intenté preguntarle dónde vivía, Tomás era el rey de las evasiones cuando no quería llegar a ninguna parte. De repente, me dijo el muy picaón:

–¿Te hace un cafecito bien cargado para empezar el día como Dios manda?

–¿Pero serás capaz de encender la máquina, Tomás? –le respondí yo.

–Naturalmente que no, tú creerás que estoy loco, pero yo no me la juego a que me acusen de allanamiento de morada y de tocar lo que no es mío. Yo te ofrezco un café de puchero que levanta a un muerto –me dijo al tiempo que sacaba un termo de entre sus piernas.

Naturalmente que me tomé el café y aunque he decir que hubiera preferido tomarlo en cualquiera de los bares del mercado, lo cierto es que tenía razón en que el suyo resucitaba a un muerto. Poco menos que me dio alas”.

No me resulta nada difícil de creerte, Justo. Aunque lo cierto es que a ti tampoco te hacía falta mucho para que te entrasen ganas de salir volando. ¡Lástima que la vida a veces no nos dé un poco de tregua y nos retenga más tiempo al lado de quien queremos!

“Tomás era un tipo grande, doña Paca. Tenía que haberlo visto consolando las tristezas ajenas. Se acercaba a las personas y enseguida conseguía que, entre lloros, se desahogasen y se dieran cuenta de que aunque resulta muy difícil vivir, siempre hay algo y alguien por lo que vale la pena seguir respirando día tras día.

Un día, a pesar de que a él no le gustaba hablar de su vida, supongo que el día que tenía necesidad de ser escuchado, me contó su historia. Porque todos tenemos una historia, lo que pasa es que a veces tenemos que sentarnos y darle tiempo a que salga. Pero todos, hasta el más vulgar de los hombres, si miramos hacia atrás descubriremos que en algún momento de nuestra existencia ha habido algo que determina el resto del camino:

Sabes una cosa, Justo, un día llegué a mi casa y me encontré con que ellas no estaban.

–¿Quiénes eran ellas? Si ya decía yo que usted debía haber tenido un montón de novietas...

–No, que va. Ellas eran mi mujer y mi nena. Al principio pensé que me habían abandonado. Te lo puedes creer..., yo pensando que mi santa se había ido con otro hombre... Creía que me iba a volver loco, no hacía más que ir de un lado para otro de la casa buscando sentido a aquel vacío. Pero todo estaba en su sitio, la ropa, las maletas..., el orden



que habíamos dejado por la mañana cuando los tres habíamos salido de casa: la nena para ir al cole, mi mujer para ir a los grandes almacenes donde trabajaba y yo al mercado, estaba imperturbable. De repente sonó el teléfono y allí hallé la clave: se habían ido para siempre...

–¿Se encuentra bien, Paco?

–Sí, es que a pesar del tiempo que ha pasado hay días, sobre todo cuando leo en el periódico alguna tragedia parecida a la mía, en que la pena se despierta y por dentro algo se me rompe. ¿Puedes creerte que un tipo ebrio sea capaz de coger un coche? Pues sí, lo hace, conduce pensando que es Dios. Lo malo es que lo es porque da y quita vida.

–Tiene usted toda la razón, pero no se mortifique...

–No, Justo, no te preocupes por mí. Hace tiempo que superé la ausencia de mi mujer y de mi hija. El mismo día en que fui capaz de asumir que ausencia no era igual a olvido, emprendí el camino de esta existencia por los mercados. Sé que muchas veces te has preguntado qué hago todo el día en el mercado, de un puesto para otro, hablando con las mujeres y los hombres que se acercan a los puestos a comprar. Yo comercio con historias. Voy entre-sacando a la gente sus penas y alegrías para llevarlas a otras partes y compartirlas con otras personas. Cambio historias tristes por historias alegres, historias de ausencias por historias de amor, y aunque en todas partes he visto penas, créeme, cuando le cuentas a alguien una tragedia ajena, hay un momento en que cree que su dolor es insignificante y que en el fondo es muy afortunado por tener la vida que tiene. Podría decirse que enseño a la gente a convivir con sus penas cotidianas y a darse cuenta de que la felicidad consiste en disfrutar de lo que se tiene.

Así fue, doña Paca, como me enteré de por qué Tomás pasaba tanto tiempo en el mercado y se dedicaba a consolar a todo el mundo. Sólo cuando creyera que su tarea había terminado, emprendería el vuelo y se iría a otro mercado”.

Tomás era un gran tipo, Justo, ¡cómo tú! La verdad es que estoy segura de que tú eras ese Mercador de Galvany que tantos buenos ratos me hizo pasar. ¡Lástima que ahora no estés aquí para preguntártelo! Aunque estoy segura de que lo negarías y me volverías a contar aquel final que nunca acabó de convencerme:

“Una semana después de que Tomás me contará su historia quedamos para comer. Yo le di a escoger entre una brandada de bacalao de Pesca Salada Lurdes, una butifarra negra de la Tocinería La Olotense o un pollo payes de la Pollería Pepi, pero mi amigo se decantó por los sabrosos callos que servían en “El Café de Galvany”. Así que a las dos de la tarde quedamos en el puesto de Emilio Rigol



e Hijos para comer. Como Tomás no aparecía empecé a comer solo, contemplando lo concurrido que estaba ese días el puesto de “Olives y Conserves Miquel i Carne”. De pronto, mientras engullía un sabrosísimo callo, escuche a alguien decir que al pobre Tomás se lo acababan de llevar los mossos d’escuadra. Aunque nadie estaba seguro de nada, los rumores apuntaban a que el pobre anciano tenía las facultades mentales gravemente perturbadas.

Le juro Doña Paca que se me atragantó la comida. Mi Tomás no estaba loco, era el hombre más cuerdo que he conocido jamás. Intenté averiguar en qué centro se encontraba pero me fue imposible hacerlo”.

Justo, entiendo perfectamente cómo debiste sentirte, porque ahora yo me siento igual que tú en aquel momento. Tampoco yo acabo de crearme que un día, mientras yo estaba de viaje en A Coruña, recibiste un aviso urgente de Barna diciéndote dónde estaba Tomás. ¡Por fin habías conseguido el nombre y la dirección del centro donde estaba internado tu amigo! Naturalmente te sentías en la obligación de ir a visitarlo y hacer todo lo posible para llevártelo a vivir contigo. Está bien como final para un cuento, pero ambos sabemos que nunca recibiste una llamada de teléfono para decirte dónde estaba Tomás, porque Tomás nunca existió.

Tú eras ese mercador que iba de ciudad en ciudad consolando a la gente, y recogiendo las historias que nos hacen felices e infelices para luego comerciar con ellas, vendernos ilusiones y alentarnos para seguir viviendo. El consuelo que me queda es saberte siempre acompañado y rodeado de gente. Espero, amigo mío, que dónde quiera que estés, en el mercado que ahora acoja tus cuidados, tanto tú como tu mercador halléis de nuevo aquello que os fue arrebatado, y podáis empezar a disfrutar de la quietud que da el permanecer en el mismo lugar durante algún tiempo. ●

EVA MADRUGA
PERIODISTA



MERCAT DE GALVANY. BARCELONA

El Mercat de Galvany, considerado monumento artístico, se encuentra situado en el distrito barcelonés de Sarría-St. Gervasi. El edificio, perteneciente a la época brillante de la estructura del hierro, se empezó a construir en 1868, pero no se inauguraría hasta el año 1927. Desde entonces, el mercado, en el que destacan sus vidrieras, ha sido restaurado en dos ocasiones: la primera en 1964 y la segunda en 1990.



Abierto de ocho de la mañana a dos de la tarde, entre sus servicios destaca la incorporación de la tarjeta de crédito para las compras y la disponibilidad de parking en el patio interior del recinto del mercado. Además, existe la posibilidad de hacer compras por teléfono y existe el servicio a domicilio.

La oferta del Mercat de Galvany es muy variada y, además de los puestos interiores de alimentación, destacan los exteriores dedicados a la venta de ropa, artículos de perfumería y plantas.